

Desprecio de la Eficiencia



Kenshinkan dôjô 2014

Estaba allí, de pie en lo más alto, apoyándose en argumentos apriorísticos, explicando las razones que le habían conducido a tomar semejante decisión. No era hora, decía, de hacer oídos sordos a las demandas que todo un *Sistema Productivo* reclamaba, apuntaba dirigiéndose a los asistentes. Necesitamos expertos, concluyó airado y desafiante, seguro de sí mismo.

Y, después, dando la espalda al Humanismo, se marchó, dejando tras de sí un reguero de preguntas sin contestar, cuestiones todas ellas nobles, anotaciones que pretendían recordarle la importancia del por qué de las cosas, su razón de ser, la significación que siempre ha de tener el Conocimiento del Origen de un hecho cualquiera, el alcance que aportan a nuestras vidas determinadas variables.

Sí. Los invitados querían subrayar con trazo grueso que pensar sobre la vida y la naturaleza del Ser Humano era una actividad tanto o más importante como lo era el propio hecho tecnológico, ese por el que él abogaba sin tregua. ¿Por qué no es posible –cuestionaban– la unión de la Ciencia y la Filosofía...?

La suerte estaba echada. Aquello parecía ser el fin del verdadero Aprendizaje: ese que consiste en moldear el pensamiento, compararlo, dilatarlo y hacerlo nuestro, personalizándolo siempre, pero contrastándose a sí mismo una y otra vez para revivirlo y, de esta forma, hacerlo casi, casi, infinito. Y esto, claro, no sería posible si las Humanidades claudican frente a esas vanguardias que demandan los tiempos modernos, unos tiempos que caminan indefectiblemente hacia la especialización de unos estudios que generan, entre otras cosas: rentabilidad, patrimonio y dividendos. Sí. Una especialización que para algunos debería continuar siendo patrimonio de los insectos.

Como muchos otros, también yo me sentía indignado al escucharle y -además de ello- impotente ante sus declaraciones. Levantar la voz y tomar la palabra –aunque silenciada en la mayoría de los casos– no iba a ser suficiente. ¿Cómo podríamos ser escuchados y –lo que es aún más importante– tomados en consideración y puestos en valor?

Los tiempos corren a la contra, dicen al alimón: estadísticas, barómetros sociales, medios de comunicación o sondeos de opinión. Pero no estamos solos, el Sentido Común nos acoge y conforta, nos protege y anima. Queremos abrirnos al Progreso sin renunciar a la Historia, incorporar el Pragmatismo sin olvidar la Poesía, admitir la Ciencia sin abandonar la Filosofía.

Siguiendo este argumento, recordé a Thomas Nagel, profesor de Filosofía de la Universidad de Nueva York, quien nos enseñaba en sus escritos:

“La principal ocupación de la filosofía es cuestionar y aclarar algunas ideas muy comunes que todos nosotros usamos cada día sin pensar sobre ellas. Un historiador puede preguntarse qué sucedió en tal momento del pasado, pero un filósofo preguntará: ¿qué es el tiempo? Un matemático puede investigar las relaciones entre

los números, pero un filósofo preguntará: ¿qué es un número? Un físico se preguntará de qué están hechos los átomos o qué explica la Gravedad, pero un filósofo preguntará: ¿cómo podemos saber que hay algo fuera de nuestras mentes? Un psicólogo puede investigar cómo los niños aprenden un lenguaje pero un filósofo preguntará: ¿por qué una palabra significa algo? Cualquiera puede preguntarse si está mal colarse en el cine sin pagar, pero un filósofo preguntará: ¿por qué una acción es buena o mala?"

Sí. Los usos y costumbres, artes y oficios, hechos y leyendas, como las palabras, contienen un significado oculto que alguien nos ha de enseñar a Comprender, siendo esta la tarea, casi sagrada, que cumplen las Humanidades: Historia, Filosofía, Literatura, etc.

Por mi parte, pensaba en el Budô y en cómo esa misma vorágine que proponen los tiempos ha llegado a limitar unos principios que han pervivido en su práctica durante siglos, limitándolos hasta ignorarlos, reduciendo su presencia hasta hacerla imperceptible, enmudeciéndolos, hasta dejar de ser escuchados y, por tanto, olvidados u ocultados.

Hoy en día, espectáculo, masificación, rentabilidad, magnanimidad, grandilocuencia y exaltación, se oponen -cada vez con mayor frecuencia- a otros comportamientos, tales como: discreción, singularidad, compromiso, austeridad, sencillez o silencio.

En estos tiempos en los que las *Leyendas* se consiguen a través de logros obtenidos en torneos deportivos, espectáculos donde la eficiencia se mide en el acúmulo de unas puntuaciones inverosímiles, donde la estridencia es una herramienta a considerar y a tener en cuenta, donde el recorrido de un trabajo tiene por objetivo la conquista de una medalla y el valor de las demostraciones se manifiesta a través de copias exactas de practicantes, diseñados con escuadra y cartabón, en estos momentos de consumo y búsqueda de dividendos, decía, nos preguntamos si también en nuestro mundo del Budô ha ocurrido algo similar a lo acaecido en el contexto de la Educación.

¿Cómo es posible entender el Budô sin escuchar la voz de su Historia?

Debería ser de obligado cumplimiento situar su estructura: un armazón conformado a través de siglos, originado en las necesidades primigenias del ser humano, soportado por los hechos acaecidos en su devenir, enriquecido con las migraciones (unos movimientos capaces de aportar contenidos técnicos y recursos ilimitados), registrado en el árbol genealógico de unas Escuelas, abonado por la dimensión exponencial de sus componentes, por la inclusión de las religiones en su seno, por el influjo del paisaje, de la climatología o de las costumbres.

¿Cómo es posible entender el Budô sin escuchar la voz de la Filosofía?

En efecto: ¿cómo comprender una práctica sin acercarse a una manera de pensar y observar el mundo, solucionar situaciones, enfrentar oportunidades, superar vicisitudes, afrontar la muerte y la desaparición?

Finalmente: ¿Cómo es posible entender el Budô sin escuchar la voz de las Letras?

En mi opinión hemos de leer siempre a nuestros clásicos, ocupándonos, también nosotros, de cultivar el amor por las letras, sostener, antes que nada, el fundamento de la palabra, fomentando el contraste sano de las opiniones, de la tertulia, de la expresión de la escritura.

Como muchos otros opino que también existe la Hermenéutica en el concepto Budô, y que habrá de ser a través de sus "*variables humanísticas*" como podremos llegar a comprender verdaderamente su Esencia más íntima. A mi parecer, el engranaje que configura un Arte Marcial contiene un trasfondo de profundo valor, y ese substrato es irrenunciable, insustituible y obligatorio, si es que existe en nuestro ánimo la voluntad de otorgar un futuro digno y útil a estas formas de Arte y Cultura, dentro de la sociedad en la que vivimos.

Pedro Martín González

Knshinkan dôjô 2014